

CONFERENCIA XII

EL HOMBRE-DIOS JESUCRISTO

1. El espíritu del mundo ofrece tan sólo una sabiduría muerta.—El que trata con hombres, sabe más ó menos lo que puede esperarse de ellos, cuando se les pide consejo ó ayuda.

He aquí, por ejemplo, una cuestión de derecho que preocupa hondamente á nuestra conciencia, porque de ella posible es que dependa nuestro porvenir y el de nuestra familia. Después de quebrarnos la cabeza y estudiar todos los libros que pudieran ofrecernos la solución del asunto, nos decidimos á consultarlo con una persona competentísima. Pero ¡qué desilusión! «Lo mejor que podríais hacer—nos dice—es recurrir á tal libro; si no encontráis nada en él, yo no sé qué deciros.» Nos hace un saludo, y nos deja abandonados á nuestras propias fuerzas. Por casualidad, es aquel libro uno de los muchos que ya hemos consultado. Si en él hubiésemos hallado la solución, ciertamente que no hubiéramos recurrido á nuestro sabio, pues sólo en caso de extremo apuro, se atreve uno á recurrir á semejantes lumbreras sobrehumanas.

Pues figurémonos lo que nos sucedería, si nos dirigiésemos del mismo modo á un sabio, rogándole que nos dijese la manera como podríamos comprender mejor toda la ciencia y cultura modernas. Probablemente pensaría que nos queríamos burlar de él, y nos enseñaría la puerta. Pero, en el supuesto de que tomase en serio nuestra proposición, nos diría: «El único consejo que puedo darle es que estudie toda la literatura moderna.»

Esta es la sabiduría del mundo; sabiduría de libros, sabiduría de papel, sabiduría muerta. Sus más célebres representantes son los que más libros tienen en sus bibliotecas, más diarios en sus cajones. Ninguno de los que se atreven á consultarlos, puede obtener de ellos una contestación satisfactoria; contento puede estar, si sacan un papel de su cajón.

El espíritu del mundo no conoce otra sabiduría, y así obra, hasta cuando quiere ordenar la Revelación divina según su propio criterio. No comprende que se pueda encontrar á Dios, á Jesucristo y el camino de la salvación, por otros medios que por el del papel. Del mismo modo que su propia sabiduría vive y muere con el libro ó el periódico, en el cual se imprime para que se lea, así piensa que ocurre con la palabra muerta, con el libro muerto de la Biblia, en el cual se contiene el espíritu de Dios; aférrase á él, lo critica y lo sacude, hasta que el libro queda despedazado, y pulverizada la letra, pero del soplo vivo del espíritu divino no queda así el menor vestigio, del mismo modo que en un cadáver despedazado nada queda del aliento caliente que se ha escapado de él.

2. El espíritu de Dios, en la Revelación cristiana, se refiere á la imitación de Cristo.—Si Dios, mediante el Cristianismo, no nos hubiese enseñado otro camino para alcanzar nuestro fin, mal lo pasaríamos, mucho peor que los que buscan la ciencia mundana en casa de un maestro laico. Porque, en resumidas cuentas, ¿qué ha ganado con recurrir á ellos? ¿Se ha hecho mejor ó más dichoso? ¿Acaso pierde mucho, si no se acerca á ellos? Muy distinto es el caso de que se aparte uno de su fin sobrenatural, y no sepa cómo deshacerse del mal que está en su interior, de la fuente de todo su descontento, y alcanzar la verdadera virtud sólida, y, con ella, la paz del corazón. Sí, es una pregunta seria, una pregunta que hace temblar el corazón hasta en sus raíces más hondas, la pregunta que en nombre de todos nosotros, formuló aquel joven rico del Evangelio: «Maestro bueno, ¿qué haré para conseguir la vida

eterna?» ⁽¹⁾ ¿Quién es tan frío que no se conmueva cuando se trata de la vida ó de la muerte? ¿Quién tan estúpido que se muestre indiferente cuando se trata de decidir si existe la eternidad y qué es la eternidad?

Pues imaginémonos ahora la situación en que se hubiese encontrado el joven que estaba de rodillas ante el Salvador, si Jesús no hubiese podido ofrecerle otra cosa que un libro muerto. ¿No hubiese tenido que exclamar como el etíope: «Cómo puedo yo encontrar la respuesta en él, para aliviar la pena de mi corazón, si nadie me instruye?» ⁽²⁾

Afortunadamente, los caminos de la sabiduría divina son tan distintos de los de la estupidez humana, que, suponiendo que Jesucristo pudiese obrar en tal caso como un sabio ordinario, y nos ofreciese un libro, semejante suposición nos parecería indecente, indigna y casi una blasfemia.

De hecho, sería muy inconveniente y repugnante, si un pobre que en parte alguna halla justicia, se dirigiese en último extremo al emperador, y le contestase éste que esperase á que hubiese terminado el estudio de toda la literatura referente á la cuestión. Habría para desesperarse, si el sacerdote que asiste al moribundo en la más difícil lucha, le dijese que tenía que ir á su casa y consultar todos sus libros para enterarse del asunto antes de darle la absolución. Pues bien, en semejante situación se encontraría el hombre, si el Señor lo remitía á libros y escritos. Pero ¿quién se dirigiría á Él, si hubiese esperanza de auxilio en otra parte? ¿Quién se entregaría á Él por completo—hablamos de la mayoría de los hombres—antes de verse absolutamente desamparado, como el enfermo en presencia de la muerte?

De aquí que, en consideración á nuestra situación desamparada y á nuestra propia dignidad, el fundador del Cristianismo haya elegido para nuestra tranquilidad, un

(1) Marc., X, 17.

(2) Act. Apost., VIII, 31.

camino que nada tiene de común con el camino ordinario de los hombres. Á todas las preguntas y dudas, ha dado una sola respuesta: «Seguidme.»⁽¹⁾ Verdad es que, á los incrédulos, á los que dudan, á los burlones, en una palabra, á todos los que no quieren apartarse del espíritu del mundo, les ha indicado la Sagrada Escritura,⁽²⁾ para no privarles del único medio de salvación hacia el que quizás pudiera inclinarse su orgullo; pero allí donde encontró almas hambrientas de salvación y bien dispuestas, almas sedientas de verdad, almas que extendían sus manos hacia la salvación con peligro de su vida y con la conciencia torturada, almas que se mostraban capaces de la paz, habló de otra manera, pues dijo: «Si alguno me sirve, sígame.»⁽³⁾ «El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí.»⁽⁴⁾ «El que no lleva su cruz á cuestas, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo.»⁽⁵⁾

3. Cristo es el Cristianismo.—Con esto se ha convertido el Cristianismo en algo que no tiene parecido.

No es una simple doctrina, no es una escuela, no es una asociación ordinaria. Es justamente el Cristianismo, al que no se le puede encontrar nada semejante en la tierra. Á la cabeza de las otras religiones hay una ley, una tradición, un conjunto de fórmulas ó costumbres en el caso más favorable, que hace el papel de profesor. Pero á la cabeza del Cristianismo hay una Personalidad, que no sólo enseña el Cristianismo, sino que es el mismo Cristianismo, ya que esta Personalidad es la esencia del Cristianismo, la suma de lo que debe creer el cristiano, el modelo de lo que ha de hacer, el guía de la vida y la prenda de la misma, ya que este camino, y sólo este camino, el camino de la imitación, conduce al término deseado. Sólo el

(1) Matth., VIII, 22; IX, 9; XIX, 21. Marc., II, 14; X, 21. Luc., V, 27; IX, 59; XVIII, 22. Joh., I, 43; XXI, 19, 22.

(2) Matth., XXI, 42. Marc., XII, 10. Joh., V, 39.

(3) Joh., XII, 26.

(4) Matth., X, 38.

(5) Luc., XIV, 27.

fundador del Cristianismo podía decir: «Soy el camino, la verdad y la vida.»⁽¹⁾

4. Los contrastes que se encuentran en la vida de Cristo son un testimonio para su personalidad, única en su género.—Pero ¿hay algo que no pueda criticar el estrecho espíritu humano? Por un lado, ha de admitir que el Cristianismo tiene la ventaja de estar incorporado á una Persona visible y palpable, pero, por otro, encuentra motivo de meditación en la variación, ó, como él cree, en la contradicción en que aparece esta Personalidad. Y en verdad, en toda la historia, ¿es posible encontrar otra persona que ostente tales contradicciones como Jesucristo, tal poder unido á tal debilidad, tal grandeza y tal pequeñez? ¿Quién como Él fué tan celebrado y tan blasfemado, tan alabado y arrastrado por el polvo, tan amado y tan odiado? ¿Es posible que una persona pueda originar tantas opiniones diferentes y ser al propio tiempo un ideal y un modelo?

Á esto se debe contestar que las contradicciones que hallamos en un espíritu sublime, en este mundo mezquino y malo, no pueden producir un fallo condenatorio, antes al contrario, son una prueba de superioridad y extensión.

Porque ¿quién se entregaría á un hombre que no hubiese sido probado bajo todos los aspectos? Una buena piedra de toque para saber lo que valé el hombre, es el sufrimiento, ó—como se dice en el lenguaje cristiano—«la cruz.» Sólo es medio hombre el que no puede soportar la desgracia. Más que la misma desgracia, prueba al hombre la fortuna. ¡Cuántos que han salido vencedores de la prueba de fuego, del dolor, han sucumbido á un relámpago de alegría! Más difícil es soportar una felicidad desmesurada, que todas las desdichas.

Pero la mayor prueba es un cambio rápido de fortuna, el tránsito del dolor á la alegría. Sólo cuando uno haya superado estas purificaciones, las más difíciles de todas, merece ser tenido por un carácter entero y á toda prueba.

Sólo es, pues, espíritu fuerte el que soporta con igual-

(1) Joan., XIV, 6.

dad de ánimo la pena y la alegría. Sólo ha encontrado el verdadero equilibrio aquel á quien ni la persecución ni la postergación aplastan, ni engríe la elevación. Los grandes hombres tuvieron siempre que soportar esta prueba; pero, precisamente por ser tan difícil sostenerla y tan raro salir en bien de ella, hay tan pocos hombres verdaderamente grandes en el mundo.

Está fuera de duda que sólo una vida ha sostenido esta prueba, de tal modo, que ninguna otra puede competir con ella. En ninguna obra ni en ninguna vida humana, es posible encontrar tanta variación, tan rápido y completo cambio, dominado con tanta igualdad y uniformidad en todos los detalles, como en la vida de Jesús.

Apenas nacido, vese obligado el Salvador á huir del déspota que considera en adelante perdido su trono. Anunciado por los ángeles, predicado por las estrellas, ardorosamente deseado por el pueblo, se oculta durante treinta años á las miradas del mundo, que con impaciencia esperaba su venida. Saludado con gritos de júbilo allí donde se presenta, casi aplastado por los que buscan socorro, cosecha maldiciones, en vez de bendiciones, y odio en lugar de amor. Aquellos mismos de quienes ha debido huir para que no le eleven sobre un trono contra su voluntad, reclaman su muerte, porque se ha presentado ilegalmente como rey. Introducido como Dios, como el Mesías esperado, con transportes indescriptibles de júbilo, en la capital de su reino, reclámase su muerte, poco después de una semana, como blasfemador de Dios, como desecho de la humanidad. El deseo de ser bautizado en su propia sangre, le hace esperar con impaciencia la hora de sacrificarse por nosotros; mas, cuando llega esta hora, libra, en presencia de aquel cáliz que había deseado beber, preparándose al efecto durante treinta y tres años, un combate que le hace brotar sangre de todos los poros de su cuerpo. Ante la dulzura de su mirada, ante la suavidad de sus palabras «Yo soy,» (1) los invencibles soldados romanos retroceden,

(1) Joan., XVIII, 6.

cayendo por tierra. Los cobardes y bajos servidores le golpean en el rostro y le dicen con acento de mofa: «¿Quién te ha herido, Cristo?» (1) Desafía desde luego la lapidación con estas palabras llenas de sublime majestad: «Yo y el Padre somos una cosa;» (2) y después, cuando en la cruz comienza á apoderarse de Él la muerte, exclama: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?» (3) Sufre en silencio como un cordero, (4) no como un hombre, (5) y rinde en seguida el último suspiro, lanzando un grito como un león, (6) como un Dios vencedor. Sucumbe en la lucha, pero triunfa en la muerte. El extranjero, el pagano, que sólo le ha visto en el colmo de la miseria y de la vergüenza, le ofrece este testimonio: «Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios.» (7) Pero los discípulos, que en varios años había formado con tanto cuidado, dicen descorazonados y desesperados: «Mas nosotros esperábamos que Él era el que había de redimir á Israel; y ahora sobre todo esto, hoy es el tercer día que han acontecido estas cosas.» (8) Muerto Él, todo pareció perdido; pero he aquí que, como lo había dicho Él mismo, su muerte se ha manifestado (9) como germen de nueva vida. Sus palabras, tan admiradas, se las ha llevado el viento, pero he aquí que, en boca de sus discípulos, se han convertido en palabras creadoras.

En cualquier otro, contrastes tan considerables nos inducirían á error, como si fuesen contradicciones; pero en Él producen precisamente la impresión de una verdad única en su género, de un todo incomparable.

Disposición maravillosa fué, digna de la sabiduría divina, que la vida de Jesucristo no se deslizase, ni un solo día, de

(1) Matth., XXVI, 68. Luc., XXII, 64.

(2) Joan., X, 30.

(3) Matth., XXVII, 46. Marc., XV, 34.

(4) Is., LIII, 7. Jerem., XI, 19. Act. Ap., VIII, 32.

(5) Ps., XXI, 7.

(6) Apoc., V, 5. Os., XI, 10.

(7) Marc., XV, 39. Cf. Matth., XXVII, 54; Luc., XXIII, 47.

(8) Luc., XXIV, 21.

(9) Joan., XII, 24; XXV, 32.

un modo igual y sin confusiones, sino que, ya descendía á los abismos más profundos, ya se elevaba á las cimas más sublimes, de tal suerte que nunca podía continuar lo que había comenzado, y que cada éxito parecía transformarse, por lo menos exteriormente, en una completa derrota. Por esto deben todos convencerse de que no hicieron ni favorecieron su obra las situaciones en que se encontró, como se ha afirmado alguna vez. Así, todos pueden convencerse, sin el menor asomo de duda, que Jesucristo está muy por encima del mundo y de su influencia, que es siempre el mismo en todas las circunstancias, que ningún poder terreno, ni siquiera el mayor de todos, la muerte, puede arrebatarse lo que una vez ha tenido en sus manos, ⁽¹⁾ ni con mayor razón, hacer desaparecer á Él mismo.

De aquí resulta la gran verdad de que jamás Jesucristo podrá ser separado de su obra, que es interiormente el mismo que aparecía al exterior, que en Él y sólo en Él, la vida, la palabra, la obra y la persona no constituyen más que una sola cosa y son inseparables, y, finalmente, que las cosas visibles é invisibles, las divinas y las humanas, forman en Él un solo todo.

Así, pues, los contrastes que se manifiestan en su historia, no son más que un testimonio en favor de su poder superior y de la unidad de su personalidad.

5. El Cristo como Dios verdadero.—Estos contrastes ofrecen desde luego una prueba de su divinidad. Sobrada razón tuvieron los soldados para retroceder en su presencia. Jamás lo habían hecho ante una palabra humana, pero en aquellas circunstancias vieron ante ellos algo más que un simple hombre. Con sobrada razón, el perverso Herodes le expuso á la mofa como á un insensato. Semejantes voluptuosos, á quienes toda acción que no pueden realizar, toda grandeza intelectual extraña, parece algo de siniestro, se doblegan de ordinario, con supersticioso temor, ante el más pálido reflejo de sabiduría y de ciencia

(1) Joan., VI, 39; X, 28.

humana. Pero en aquella ocasión, el que estaba en su presencia, era más que un Salomón; ⁽¹⁾ no podía comprender aquella sabiduría divina, y de aquí que se burlase de ella, como uno se burla siempre de lo que no se comprende. Con sobrada razón, tembló ante Él el representante de Dios, como si él mismo hubiese sido acusado. Si Pilatos no hubiese visto en Él más que uno de aquellos numerosos orientales pretendientes al trono, le hubiera aplastado con esa expresión rebuscada, con la cual la cobardía del espíritu se complace en hacer sentir su impotencia al hombre que no puede defenderse; pero demasiado sabía que sólo el respeto humano, y no la falta de convicción, era lo que le impedía descender de su sitial de juez y caer de rodillas ante la Majestad Divina que tenía en su presencia. Con sobrada razón, el poderoso Caifás, superando á todo el pueblo en perspicacia y fuerza de voluntad, arrojaba con terrible energía, á las intrigas celosas de los doctores y de los fariseos, estas malvadas palabras: «Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nación perezca.» ⁽²⁾ Y con el sentimiento de su importancia y su poder, dirigióse á Aquél que atado estaba ante él, y le dijo en presencia de todo el Supremo Consejo: «Como Gran Sacerdote del pueblo elegido, como representante de Dios, á quien toda alma debe obediencia si no quiere morir, ⁽³⁾ te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tu eres el Cristo, el Hijo de Dios.» ⁽⁴⁾ Era aquella la hora decisiva para el pueblo de Israel y para la humanidad entera, hora de importancia inseparable. La pregunta era clara y legítima. La respuesta fué también clara y franca: «Tú lo has dicho, lo soy.» Y la dignidad sobrehumana de Aquél que estaba encadenado ante las pasiones desencadenadas, la majestad divina que brillaba en la fisonomía, en las palabras y en el conti-

(1) Matth., XII, 42. Luc., XI, 31.

(2) Joan., XI, 49 y sig.

(3) Deut., XVII, 12.

(4) Matth., XXXI, 63. Marc., XIV, 61.